

**EL DESASTRE EN SAN ANDRES CHALCHICOMULA, LA NOCHE
DEL 6 DE MARZO DE 1862**

NOTA INTRODUCTORIA

Cuando se activaban más los aprestos de la defensa del territorio nacional, por la presencia de las tropas francesas y su actitud agresiva, acaeció un desastre que conmovió a todo el centro de la República.

En San Andrés Chalchicomula se reconcentraban tropas. En los primeros días de marzo se hallaban ahí como once mil hombres, casi todos de Oaxaca, a las órdenes del General Ignacio Mejía.

Refiere un cronista que “serían las tres y media de la tarde del 6 de marzo de 1862, cuando aquella fuerza numerosa exigía alojamiento en la ciudad, y para conseguirlo obligaban al Cura del lugar a que les facilitara la iglesia parroquial, no tanto por la impiedad cuanto por el tamaño del templo, para acuartelar la tropa; el Cura propuso al Jefe de la fuerza la Colecturía, espacioso edificio a propósito para alojar todos aquellos soldados y sin réplica fue admitido por el valiente General Mejía”.

Que a “eso de los tres cuartos para las ocho de la noche, una soldadera llegó al cuartel con un canastito bajo el rebozo, en el que llevaba la cena que había preparado a su marido; el cabo tomó una pequeña vela de sebo, la encendió, pegándola sobre una caja que contenía pólvora y municiones, y sobre ella improvisó una mesa en donde tendiendo una mugrienta servilleta, le sirvió la modesta cena que llevó a su marido”.

Sucedió que “el cabo de vela acababa de quemarse, llegando la flama al cajón, donde inmediatamente se inflamó la pólvora, haciendo una explosión indescriptible, pues el fuego como una corriente eléctrica, se comunicó a todos los cajones de parque e hizo volar el edificio con todos los hombres que en él se alojaban, amén de niños y mujeres. El horrible estallido se percibió cuatro leguas a la redonda y por todas las azoteas, balcones, patios y fuentes públicas se esparcieron los miembros humanos que para recogerlos fueron necesarios cuatro días”.¹

El historiador Zamacois refiere sucintamente tan lamentable desgracia

¹ A. VANEGAS ARROYO, *La Hecatombe de Chalchicomula* (México, s/a.).

y afirma que sólo fueron 1,400 hombres los que se hallaban en ese recinto, muriendo 1024 soldados, 16 oficiales y unas 300 personas más entre mujeres y conductores de carros que se hallaban con la brigada. Resume: "el total de víctimas ascendió, como se ve, a mil trescientas cuarenta personas".

Añade que "a la noticia de este lamentable suceso, que conmovió a la sociedad, el General don Ignacio Zaragoza acudió al sitio de la catástrofe para prestar el auxilio necesario a los desgraciados que quedaron heridos, y las tropas españolas y francesas tan luego como tuvieron noticia del triste suceso, enviaron cada una de ellas una sección del cuerpo médico para curar a los heridos".²

Dice también el mencionado cronista que "un hombre humanitario, un alemán que vivió muchos años en Chalchicomula", empleó "gran parte de su capital para curar enfermos por aquella sin igual hecatombe. Este venerable filántropo, ese hombre de corazón sensibilísimo ante los sufrimientos del que entonces padecía, se llamó Martín Tritschler, que más tarde quedó en la miseria debido al hecho que estamos narrando. Tritschler emparentó con una familia mexicana y adoptó a México como su nueva patria; de aquí eran sus hijos y su esposa, y aún están esos hijos huérfanos y pobres, y sólo bajo el amparo de un sabio sacerdote que les dio abrigo, víctimas también de aquel hecho, por el noble corazón de su buen padre que ya ha bajado a la tumba. ¡Dios premiará al fin la miseria de esos huérfanos niños!"³

"El Siglo Diez y Nueve" publicó las noticias oficiales y afirma que las víctimas fueron 1,222.

I

EL INCENDIO DEL PARQUE EN CHALCHICOMULA

Hasta ayer se supieron algunos detalles de esta horrorosa catástrofe, que ocurrió en San Andres Chalchicomula la noche del día 6.

Cuando las tropas estaban ya acuarteladas en el edificio de la Colecturía, se incendió todo el parque; el edificio voló en un instante, y la explosión se sintió a distancia de cinco leguas.

² NICETO DE ZAMACOIS, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta el Gobierno de don Benito Juárez*, XVI (Barcelona y México, 1880), p. 88.

³ VANEGAS ARROYO, *Op. cit.*

Martín Tritschler, natural de Schwarzenback, Gran Ducado de Baden, Alemania, vino a México muy joven, de 19 años de edad, en 1834. Se estableció en la ciudad de Puebla y abrió allí un taller de relojería. En 1844 adquirió la nacionalidad mexicana.

La primera brigada de Oaxaca, compuesta de tres batallones, fue víctima de este desastre. Entre muertos y heridos hubo 1,024 soldados, 16 oficiales y otras 300 personas, entre arrieros y mujeres. Aún se ignoran los nombres de los muertos.

El Gral. Mejía, por cuya suerte se notaba tanta ansiedad, estaba por fortuna en la cañada de Ixtapan, y se cree que lo acompañaba don Porfirio Díaz.

En toda la República, y particularmente en Oaxaca, causará penosísima situación (*sic*) esta noticia. Los soldados que han perecido de una manera tan horrorosa, llevaban cuatro años de continuas campañas, habían defendido a Veracruz contra la reacción, habían triunfado en Jalatlaco y en Pachuca, y en los momentos más críticos fueron el apoyo de las instituciones y de la legalidad, distinguiéndose por su amor a la libertad, por su disciplina y por su adhesión al Primer Magistrado de la República, a quien amaban como un padre.

Ellos eran una esperanza de triunfo, o cuando menos de gloria en el caso de guerra extranjera, y durante el armisticio iban a ser empleados en la campaña contra los malhechores que infestan los caminos.

El desastre de Chalchicomula es motivo de duelo para todo el país, que ha perdido más de mil de sus mejores defensores.

Triste es pensar que cada uno de estos patriotas deja en la orfandad y en la miseria a una familia. Sobre estas pobres viudas y huérfanos, llamamos la atención del Supremo Gobierno, que tiene el deber de impartirles su amparo eficaz y paternal.

Luego que el desastre llegó a noticia de las fuerzas aliadas, el Gral. Prim y los jefes franceses enviaron a San Andrés las ambulancias y los médicos de sus respectivas tropas con hilas, vendas, botiquines y todo lo necesario para auxiliar a nuestros heridos.

“El Siglo Diez y Nueve”.

VI época. Año XXII.

Tomo III. Número 424. Pág. 4.

México, viernes 14 de marzo de 1862.

Cambió su residencia a San Andrés Chalchicomula y se dedicó allí al comercio y a la agricultura. El 5 de junio de 1867 casó en esa población con doña Rosa María Córdova y Puy, hija del Teniente don Joaquín de Córdova, natural de Murcia, España.

Sus hijos Martín y Guillermo fueron arzobispos de Yucatán y Monterrey. Debieron sus estudios a su tío, el Canónigo de la Catedral de Puebla, don Prisciliano José de Córdova.

II

HE AQUI EL PARTE OFICIAL DE ESTE HORRIBLE DESASTRE

“Cuerpo de Ejército de Oriente.—Cuartel Maestre.—Con fecha 7 del actual me dice el C. Coronel Alejandro Espinosa, en Jefe de la Primera Brigada de la Tercera División, lo siguiente:

“Me veo en el sensible caso de poner en conocimiento de usted lo siguiente:

“Consecuente con las órdenes que recibí de usted, me dirigí a este pueblo el día de ayer, saliendo de la cañada de Ixtapa; al emprender mi marcha, mandé al C. Teniente Coronel Ignacio M. Arrieta, Ayudante de esta brigada, asociado del Mayor de Ordenes C. Comandante de Batallón, Ignacio Castañeda, y de los CC. Ayudantes Latorre y González, se adelantasen con el objeto de que la autoridad política y militar de este lugar les insinuase el lugar preparado para el alojamiento de mi citada fuerza. Al llegar a esta población se me incorporaron los citados ayudantes, acompañados del Teniente Coronel, C. Julio González, quien tenía con anticipación, según supe, el encargo de ese Cuartel Maestre de proporcionar, de acuerdo con la citada autoridad política, los alojamientos para toda la Tercera División.

En tal virtud, me manifestaron todos a la vez, que el local preparado con tal objeto por la autoridad referida, era el punto llamado la Colecturía, en cuyo lugar sólo había el inconveniente de tener una troje llena de parque, el cual había mandado sacar de ese punto el referido C. Julio González; por cuya razón y en virtud de estarlo extrayendo con cuantos paisanos y transportes se proporcionaban, desde las once de la mañana, se esperaba que prontamente terminaría esa operación; en cuyo caso no tuve inconveniente en alojarme allí, lo que verifiqué desde luego, previniendo al Mayor de órdenes referido, mandar situar los vigilantes que creyera necesarios al rededor de la pieza ocupada con el relacionado parque, para seguir extrayéndolo, y que no hubiese la desgracia terrible que lamento. Esta operación no fue tan pronta como se esperaba, por más esfuerzos que se hicieron, y a las ocho y doce minutos de la noche se han prendido algunos restos de pólvora, regados de los cajones extraídos, con los cuales se incendió lo que quedaba, y dio por consecuencia el desplome y destrucción de todo el edificio, en cuya desgracia han perecido más de mil hombres, como verá usted por el estado de fuerza que le acompaño, entre los que se cuentan los ciudadanos oficiales del primer batallón: Teniente José Zamora, y Subteniente Luis Bravo, y del segundo, Teniente Pascual Morales,

Subtenientes Luis Núñez, Sabino Sánchez, Justo Ordóñez, Ramón Mazas y Catarino Quintanar; del batallón Patria, Capitán Francisco Marín, Tenientes Margarito Santillán y Evaristo Mora, Subtenientes Francisco Cono, Antonio Fermín y Florencio Reyes; quedando heridos del primer batallón, Capitán Félix Muñoz y Subteniente Rafael Castro y Paulino Núñez; del Segundo, Teniente Bernardo Ruiz, y del batallón Patria, Teniente Pedro Bergoa y Subteniente Ignacio Irigoyen. Lo que tengo el sentimiento, etc.,”

Y lo transcribo a usted, manifestándole que, como digo a usted en nota separada, mandé practicar la correspondiente averiguación, siendo el número de muertos el de mil veinticinco hombres de la clase de tropa, catorce de la de oficiales, y doscientos cinco heridos de ambas clases, y veinte mujeres heridas también; dedicándose exclusivamente desde el momento de mi llegada, a que se atiendan los heridos y se extraigan los cadáveres de las ruinas del edificio en que fueron víctimas, para evitar que después de la desgracia que lamentamos, sobrevengan otras por la putrefacción de los cadáveres.

Protesto a usted mi aprecio y subordinación.

Libertad y Reforma. San Andrés, marzo 9 de 1862.—*Ignacio Mejía*.
C. Gral. en Jefe del Ejército de Oriente.—Jalapa.”

III

El *Monitor* publica estos otros detalles, tomándolos de una carta de Orizaba.

“Son las siete de la noche, y por personas verídicas llegadas de Chalchicomula, he sabido de una manera positiva, que pereció casi toda la primera brigada de Oaxaca, que estaba alojada en la Colecturía. Los muertos, entre tropa, mujeres, presos y carreros, ascienden a más de dos mil; los heridos llegan a más de trescientos. No quedó una vidriera en todo el pueblo, ni un solo trasto de cristal en las tiendas. Las casas, generalmente, han sufrido mucho, lo mismo que el vecindario, que se halla en una terrible desolación. De los vecinos de Chalchicomula ha perecido un hijo del señor Latorre; Carbó ha perdido una mano. Entre los muertos sólo se encuentran de seis a ocho oficiales, que pasaban lista en los momentos de la explosión; de manera que todos los jefes principales se han salvado.”

“El Siglo Diez y Nueve”.

VI época. Año XXII.

Tomo III. Número 426. Pág. 4.

México, domingo 16 de marzo de 1862.

IV

“A continuación insertamos la noticia de los muertos y heridos habidos en el incendio del cuartel de San Andrés Chalchicomula. No queriendo dar noticias inexactas, nos limitamos a publicar este documento que hemos adquirido por conducto de la jefatura política de esta ciudad, absteniéndonos de entrar en otra clase de pormenores. Diremos, sin embargo, que últimamente se ha dicho como cosa cierta, que el mal olor que despedían los cadáveres, que aún no habían podido sacarse de debajo de los escombros, hacía temer que en aquella población se desarrollase una epidemia. Con el fin de impedirlo se habían tomado algunas providencias higiénicas, que se esperaban diesen un buen resultado. Lo acontecido en San Andrés Chalchicomula, es una desgracia que no cesaremos de lamentar.

Noticia de los oficiales muertos y heridos en el incendio de Chalchicomula, la noche del día 6 del presente mes.

Primer Batallón. Teniente, José Zamora.
Subteniente, Luis Bravo.
Segundo Batallón. Teniente, Pascual Morales.
Subteniente, Luis Núñez.
Idem, Sabino Sánchez.
Idem, Justo Ordoñez.
Idem, Ramón Ayala.
Idem, Catarino Quintanar.
Batallón Patria. Capitán, Francisco Marín.
Teniente, Margarito Santillán.
Idem, Evaristo Mora.
Subteniente, Francisco Corro.
Idem, Antonio Fermín.
Idem, Florencio Reyes.
Muertos de la clase de tropa, 1,022.

Heridos

Primer Batallón. Capitán, Feliciano Muñoz.
Subteniente, Rafael Castro.
Idem, Patricio Muñoz.
Segundo Batallón. Teniente, Bernardo Ruiz.
Batallón Patria. Teniente, Pedro Burboa.
Subteniente, Ignacio Irigoyen.
Heridos de la clase de tropa, más de 200.

V

Más sobre Chalchicomula. Por un conducto igualmente seguro, recibimos la noticia siguiente, que publicamos por tener pormenores que no contiene la anterior.

En clase de tropa	1,025
Mujeres	327
Niñas y niños	127
Un regidor y otros particulares.....	81
El alcaide y presos	37
Gente del pueblo	47
	1,644
En clase de heridos	558

VI

NUEVOS DETALLES SOBRE EL DESASTRE DE CHALCHICOMULA

Leemos en El Heraldó:

“Un ayudante del Gral. Díaz escribe desde San José Morelos, con fecha 12 del corriente, lo que sigue:

“Con el extraordinario que lleva la noticia a esa del funesto suceso de que fue víctima la Primera Brigada de Infantería, escribí a usted para avisarle que tanto el Gral. Díaz como todos sus ayudantes, nos habíamos salvado, merced a una orden que recibimos la víspera para permanecer en este punto hasta que se acaben de trasladar todos los pertrechos de guerra y víveres que existen aquí. El domingo fui en comisión a San Andrés Chalchicomula, y presencié el espectáculo más horrible que he visto jamás, y que espero no volver a ver en mi vida. El aspecto de la población era tristísimo y sombrío; en las calles no se veían más que fogatas de diez en diez varas, con el objeto de purificar la atmósfera; las gentes estaban encerradas en sus casas, unas para llorar las pérdidas que habían sufrido, y otras para no ser testigos de las escenas de desolación y horror, producidas por la explosión, tales como carros cargados de cadáveres fétidos y mutilados, miembros despedazados y tirados en las calles; las casas cercanas al edificio que voló, están en ruinas y manchadas de sangre, por haberse estrellado

en ellas los cuerpos de los infelices que murieron; el aire que allí se respiraba era tan fétido, que no se podía andar sin un pañuelo empapado con algún olor fuerte. En fin, para que pueda usted formarse una idea del cuadro que presenta aún esa población, le acompaño un estado de las pérdidas que sufrió la brigada, para que vea el número de víctimas, agregando a ellas cuatrocientas setenta y cinco mujeres de los soldados, treinta y tantas vendedoras que estaban dentro del edificio, y más de quinientas personas de la población. Las fuerzas francesas y españolas, tan luego como supieron nuestra desgracia, mandaron cada una de ellas una sección del cuerpo médico, y según la opinión de estos facultativos y la de los nuestros, se salvará la cuarta parte de los heridos, quedando ciegos, cojos o mancos.

“La sección del cuerpo médico francés, pasó por este punto; y el Gral. Díaz los obsequió con un almuerzo, del que quedaron muy complacidos; a su regreso, que fue ayer, convidaron ellos al General y todo su Estado Mayor a comer; tanto a esta comida como al almuerzo del General, concurrimos todos los ayudantes, y en ambas reuniones se esforzaron los franceses en obtener nuestra amistad.

“De la brigada hubo 1,025 muertos y 169 heridos, total 1,194. Componiéndose dicha brigada de 1,322 hombres, han quedado sanos 128 hombres entre jefes, oficiales y soldados.”

“El Siglo Diez y Nueve”.

VI época. Año XXII.

Tomo III. Número 428. Pág. 4.

México, martes 18 de marzo de 1862.